

OTRO ECLIPSE DE LA POESÍA

Juan Andivia Gómez



SUMARIO:

El autor compara el esplendor de la poesía y los poetas en el reinado de al-Mutamid de Sevilla y su posterior decadencia con "otro eclipse" -el del último cuarto de este siglo- en el que, según su opinión, la poesía no tiene el valor de antaño y los poetas son considerados seres extemporáneos. Reflexiona sobre la situación actual, analiza las posibles causas, sugiere los pilares donde cimentar una educación de la sensibilidad poética y aboga por la recuperación del prestigio de la poesía en la escuela y en la sociedad.

SUMMARY:

The author compares the splendour of poetry and poets who lived during the reign of Al Mutamid and the later decadence with the "other eclipse" -the one from the last quarter of this century- in which, according to his opinion, poetry has no old time value and poets are considered as non time human beings. He also reflects on the current situation, analyses possible causes, suggests the basis for an education in poetic sensibility, and pleads for the recovery of the prestige of poetry in school and society.

I. Primer eclipse

Cuentan que con al-Mutamid fue Sevilla el paraíso de los poetas. Ya, en la dinastía fundada por Abu-l-Qasim, se había compuesto la primera de las antologías arabigoandaluzas que han llegado a nosotros, titulada *Al Badi fi wasf al-rabi* ("Libro peregrino que trata de la descripción de la primavera")¹. En tiempos de al-Mutamid existía una casa especialmente destinada a los poetas, que equivaldría a lo que hoy se ha dado en llamar -se ignora si con acierto- "Academia". Los poetas eran recibidos por el soberano un día por semana (quizá el lunes) y recitaban sus composiciones en una cátedra o tribuna. El monarca los valoraba e incluso los hacía subir o descender, según *sus méritos* en una especie de escalafón. Existía, pues, una "Corporación" de poetas subvencionados.

No se tratará ahora sobre si escribir para el poder es bueno o malo, aunque bien es sabido que cada vez que el arte ha dependido de la oficialidad, la calidad ha estado también subordinada a otros intereses no literarios. En esta situación concreta en la que Sevilla era la Meca de las Letras y los peregrinos no sólo pertenecían al territorio peninsular sino que venían de otros muchos puntos -como los normandos que ocuparon Sicilia o los beduinos árabes-, parece constar que la oficialidad perseguía únicamente objetivos artísticos. No obstante, se comenta que el rigor crítico del gran mecenas hacía desistir a muchos versificadores y animaba a los auténticos, ya que los recién llegados eran sometidos a pruebas como las de completar versos iniciados por el propio al-Mutamid y, si el resultado era técnicamente aceptable, el forastero era obsequiado con un gran regalo e incluso tomado a su servicio. Los poetas estaban protegidos y eran muy valorados en esta corte.

Pero nada en este mundo es eterno (¿tampoco la poesía?) y hacia 1091 el soberano y su esposa deben partir hacia el destierro. Ibn al-Labbana transmite así la impresión de ese momento:

*Jamás olvidaré la amanecida
junto al Guadalquivir, cuando en las naves
estaban como muertos en sus fosas.
La gente se apretaba en las riberas
mirando aquellas perlas que flotaban
sobre los blancos lechos de la espuma.*

*Descuidadas las vírgenes, los velos
destapaban los rostros que, cruelmente,
más que los mantos, el dolor rasgaba.
Cuando llegó el momento, ¡qué tumulto
de adioses!, ¡qué clamor el que a porfía
las doncellas lanzaban y galanes!
Partieron, con sollozos, los bajeles,
como la caravana perezosa
que arrea con su canto el camellero.
¡Ay, cuánto llanto se llevaba el agua!
¡Ay, cuántos corazones se iban rotos
en aquellas galeras insensibles!²*

Aquella mañana era un momento excepcional en el Islam español (*"Dios decidió mi muerte en Sevilla,/ y allí se desbaratará mi sepulcro para la resurrección"*³) Con al-Mutamid desaparecía nada menos que la verdadera civilización arabigoespañola.

El tiempo revelará que la ciudad que mimaba a los poetas se convertiría en un lugar inhóspito para ellos. La ciudad donde el más leve acontecimiento, la menor alegría o el dolor más pequeño se revestían de una forma poética y eran cantados los sentimientos y las hazañas con el lenguaje propio del reino -que consistía en las más bellas composiciones literarias-, se había desvanecido.

Dozy, en su famosa *Historia*⁴, pinta la nueva situación de España con estos rasgos tan negros: "La nueva teocracia almorávide, sólo comparable a la visigoda; el absoluto predominio de los alfaquíes; la decadencia de las letras andaluzas y la amargura de los poetas y filósofos, condenados a enmascarar sus sentimientos o a declararlos en sátiras subrepticias y a padecer hambre; la cerrazón intelectual de los teólogos en boga; el auto de fe de los libros de Argel; la persecución de judíos y mozárabes, que modificaba de raíz el viejo sistema de convivencia; el fracaso del nuevo Estado en punto a conservar el orden, tener a raya a los cristianos, rebajar los impuestos y acrecer la prosperidad pública; la corrupción y cobardía de los improvisados jerarcas, contagiados de la civilización andaluza y sometidos a las mujeres de la corte; la rebelión de los españoles y su entrega a los Almohades"⁵. (A

pesar de las posibles coincidencias con otras épocas, Dozy describe la España de finales del siglo XI).

La ciudad que al-Mutamid había convertido en un paraíso era ahora un infierno; el oasis intelectual se había convertido en un desierto y el mercado de la poesía, antes floreciente, carecía de postores. Sevilla y los poetas no se llevaban bien.

Durante años persistió el desencuentro, aliviado quizá por la resistencia de Córdoba que, tardíamente, siguió apoyando el reino omnipotente de la palabra.

En 1147 desembarcaron los Almohades en España. Con la desaparición de los almorávides se cierra el primer eclipse de la poesía en Sevilla. De nuevo la ignorancia se excluye de la corte y los nuevos califas y príncipes celebran audiencias poéticas, discuten de métrica y amenizan con controversias intelectuales sus veladas de palacio.

El río es ya el gran protagonista. Se llegó a decir que el Guadalquivir parecía "un Nilo sin cocodrilos". Se cuenta que en él no faltaba nunca la alegría, ni los músicos y que, al caer la tarde, se poblaba de barcas y en ellas se discutía de gramática o iban los muchachos tocando el laúd. Y se pescaba y se reía y se componían los zéjeles que azorarían a las mujeres de Triana. Cuentan que Ibn Sahl, el mejor poeta de la época, se ahogó en el Guadalquivir "para que la perla volviese a su patria".

Esta delicada Sevilla, reconciliada al fin con los poetas, fue la que conquistó Fernando y la que vio todavía alzarse las iglesias góticas entre las casas y palacios musulmanes.

Los siglos venideros fueron testigos de otro mecenazgo, el que la Iglesia ofrecía a los mejores -y únicos- poetas del momento. Ya no se escribía con hermosa caligrafía, a caballo entre la belleza puramente gráfica y el contenido escondido en trazos misteriosos, ahora el vehículo era un idioma neonato, que se bautizaría con el nombre de "castellano". De ese patronazgo surgirían Gonzalo de Berceo, Juan Ruiz y muchos otros autores anónimos; y de la nobleza -la versión mundana del poder-, nacerían Alfonso X, don Juan Manuel, el canciller Pero López de Ayala, Jorge Manrique, Juan de Mena, el Marqués de Santillana, etc.

En un amplísimo período de tres siglos, los nombres de al-Mutamid, Ibn Zaydún, Ibn Ammar, Ibn al-Labbana, Abú Ishaq, Ibn

Zamrak, Ibn Quzman y tantos otros dejarían paso a los que, con la cultura y los sentimientos de la nueva realidad social, iban preparando el camino para los siglos posteriores, el XVI y el XVII, donde todo el territorio nacional se convertiría en la nueva casa de los literatos en los llamados siglos de oro.

No es momento de hacer un recorrido por la historia de la literatura española. Sólo merece la pena destacar que tras aquel eclipse, el calor de las letras persistió en los corazones de las personas que, de alguna manera, tenían acceso al mundo de la cultura.

Hasta el siglo XIX, los escritores se movieron cerca de la corte, con contadas excepciones que se conocen por su personalidad y calidad incuestionables, pero en el Romanticismo la necesidad vital era ir contra corriente y el intelectual lo era precisamente desde su independencia y su libertad, ampliamente consideradas.

En cualquier caso, sus voces, disonantes o no, poseían una elevada importancia social. Y así se llegó al siglo XX y esta consideración resistió hasta los años ochenta. A partir de aquí, consciente de una etapa de transición política, el lector de este país abandonó, como si de un nuevo eclipse se tratase, a todo intelectual que no saliese con asiduidad entre 625 líneas, cerró sus puertas a los millares de mundos que se encierran en un solo vocablo y creyó a pies juntillas que una imagen valía más que mil palabras. La casa de los poetas se volvió ñoña y sin voz y los soberanos tuvieron que repartir sus beneplácitos entre nuevas y originales disciplinas y movimientos culturales. La noción de democracia impidió que existiesen escalafones y prebendas y los versos de algunos poetas fueron condenados, por razones extraliterarias, a morir inéditos.

Esta sociedad volvía la cara a los creadores de la palabra y volcaba su esplendor en los creadores del microsoft. Se admiraba así al instrumento y se desdeñaba el horizonte inexpugnado de la sensibilidad humana.

2. El otro eclipse

En ese momento se escriben estas palabras. Algunos tienen en sus manos la oportunidad de cambiar el curso de los acontecimientos. Se sabe que el eclipse de la poesía ha llegado a las escuelas. El poema de A. Machado *La Clase*: "Una tarde parda y fría/ de invierno, los colegiales..." no sólo carece hoy de referente real, sino que marca también una época en la que, aunque sólo fuera por potenciar facultades nemotécnicas, la poesía -o, al menos, este poema-, aparecía en el aula.

Gran parte de las modernas orientaciones se basan en la afirmación de que todo vale, de que la poesía es simplemente expresión de la interioridad, sin filtros, sin técnica, mutilando el concepto de igualdad, que no es incompatible con el de diversidad.

De esta manera, no se recita, no se aprende de memoria. La idea de que hay que respetar -cuando aún no se ha formado- la personal caligrafía está generalizada y el niño crece -sería inexacto decir progresa-, entre morfemas y derechos, ignorando el placer de escuchar un poema como una sinfonía, con sus instrumentos, sus acentos, sus "armónicos" y el templado afinamiento de las voces, la sensación cada vez distinta de una emoción puesta en nuestras manos. Escuchar, sí, porque ¿quién ha dicho que toda poesía esté concebida únicamente para ser leída en la intimidad?

El alumno no tiene a su alcance ni siquiera el libro de la mejores poesías de la lengua castellana -que antes era habitual en las escuelas-, porque el mundo editorial se ha inundado de títulos parecidos, en ediciones "baratas" -a veces con errores- que intentan rellenar la bibliografía de sus autores, muchas veces desconocidos, antes que perseguir una elemental justicia literaria.

Se cree que los poetas son tristes, seres anacrónicos y meditabundos, que no tienen cabida en la sociedad. Y es que se ha identificado poesía y dramatismo; y no es lo mismo. O se ha relacionado lenguaje poético y destreza verbal; y nada tienen que ver. Con estos grandes errores han crecido unas generaciones que no respetan a los creadores de la palabra, ni a los que tienen en la sensibilidad y en el mágico don de apreciar lo aparentemente inapreciable el horizonte único de su labor creativa y económicamente infructuosa.

Hasta los años setenta, decir que alguien era poeta era aludir a su fecunda interiorización o a su notoria progresía; era respetar su habi-

lidad para expresar emociones, sentimientos, reivindicaciones y deseos. Y había quienes encontraban en el arte el eco de sus gargantas reprimidas y quienes, porque eran verdaderamente libres o porque no tenían nada de qué quejarse, rememoraban la antigua voz de los jardines del Alcázar, la misteriosa resonancia de los conventos castellanos o el sentimiento privado y colectivo de un amor no correspondido, una ciudad o una dama conquistadas o la alegría inigualable de dos enamorados. No se había consumado el eclipse.

En las escuelas del último cuarto de siglo ya no existe este sol. En los mejores casos todo pertenece a un hermoso juego. La recitación ha sido desterrada por un absurdo anatema contra la memoria. Y la mayoría de los adolescentes no pueden sospechar que la poesía es algo más que una sucesión de bellas e inútiles palabras, que un poema es capaz de desenterrar a un muerto, de recuperar la vida que se fue, de recrearla. La poesía es el lenguaje de la intensidad, es la forma la que modela al fondo, lo que se ha de decir queda condicionado por cómo se dice. El poeta recupera los instantes vividos con intensidad para hacerlos eternos. Vive de nuevo. Y el lector se hace cómplice callado cuando entre sus manos tiene jirones de una vida, historias creadas, vividas o soñadas. Estos adolescentes quizá no hayan buscado nunca el placer de la poesía -el placer o la conciencia- y no han descubierto que, a través de ella, se puede ser más humano y más despierto.

*La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar.
Hace vibrar árboles, ropas,
abrsa espigas, hojas secas,
acuna en su oleaje los objetos
que duermen en la playa.
La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar:
da apariencia de vida
a lo inmóvil, a lo paralizado.
Y el leño que arde,
las conchas que las olas traen o llevan,
el papel que arrebató el viento,*

*destellan una vida momentánea
entre dos inmovilidades.*⁶

El maestro tiene la obligación de no ocultar este mundo a los seres que debe educar íntegramente. La poesía no es lo más importante, pero tampoco es lo menos importante. La educación integral descuida, en ocasiones, el factor fundamental de todo pensamiento, que es el lenguaje.

Y aunque todo lo anterior es aplicable a cualquier rincón de cualquier geografía, mucho más lo es a nuestra tierra donde "las gentes (...) cultas o no, poseen la facilidad de desarrollar una lengua musical de expresividad afectiva capaz de conectar con el lenguaje poético, como lo demuestra la abundancia de poetas en la región"⁷. En el mismo estudio se asegura que esta ligazón con la poética del mundo andaluz se debe a que en Andalucía "predomina lo imaginario nutrido fundamentalmente por el mundo sensorial islámico y por la cultura barroca". Esta opinión ha sido ampliamente compartida y defendida por estudiosos de todas las latitudes.

Una escuela que amanezca con un poema cada mañana, que difunda a los poetas de la tierra y se relacione con los escritores vivos, que organice certámenes literarios y sus correspondientes y "solemnes" entregas de premios, que tenga su concurso de recitación y utilice la poesía como motivo de globalización⁸. Una escuela en la que el juego verbal sea el vehículo de comunicación con los seres imposibles y aporte una visión utópica del mundo. Una escuela donde la estrategia de revalorización de la palabra sea el pan nuestro, mágico y necesario, de todos los días.

Para conseguir todo esto hay que partir, obviamente, de un convencimiento personal. Después, es preciso destacar que la poesía debe llegar a los sentidos y éstos no están igualmente desarrollados en todas las edades.

Parece un error empezar por los textos de reconocida calidad para los adultos. El niño debe educar su sensibilidad, su sentido musical y sus capacidades de emotividad y expresión desde los primeros pasos escolares. A continuación, habrá que cuidar, meticulosamente, la selección de autores y poemas para que el niño aprenda a degustar, a

saborear el lenguaje poético desde el principio. Lo importante no serán nunca los temas, sino la forma de expresarlos. Tampoco es preciso fijarse en los autores más conocidos. A quien comienza un camino hay que ayudarlo, no confundirlo con demasiadas opciones. El niño debe contar con pocos poemas digeribles. No se le habla, en esta etapa, al conocimiento, sino a los sentidos.

Cuando ya avanzada la educación, nuestros lectores lo sean también de poesía y comprendan en qué consiste este tipo de lenguaje, será el momento de ampliar los conocimientos y, a través de ejercicios específicos⁹, potenciar un grupo humano del que probablemente saldrán algunos poetas. Se trata de una labor lenta y profunda, sostenida y eficaz.

Cuando la sombra de al-Mutamid vuelva a Sevilla, se abrirán en las aulas paneles de colores para escribir los sentimientos y las zozobras, y se unirá la música a la palabra para comprender que todo tiene un compás, una sujeción al tiempo; y los maestros insistirán en que comunicar las cosas es transmitirlas bien, sin faltas sintácticas ni ortográficas; y cuidarán sus voces y las de los alumnos y se enseñará a respetar los acentos y las pausas y las entonaciones; y aparecerá en el otoño, la Navidad, la nueva primavera y cada vez que el corazón palpita, un poema infantil precioso y valorado.

Ese buen verso con el que tenemos la oportunidad de rescatar y disfrutar nuestra inocencia, ese poema que nos enseña a preguntar, que nos consuela, que es una forma de conocimiento o una instantánea terapia, puede ser la pieza que falta para cambiar el mundo.

Quizá la poesía no sirva para erradicar definitivamente la tristeza, ni los males que asolan nuestra sociedad, pero conocer esa dimensión de infinitudes, que es la capacidad de soñar y saber que la imaginación y la sensibilidad humanas no tienen límites es, probablemente, el primer paso para pensar que se acabó el eclipse y que la poesía podrá ser valorada otra vez como siempre mereció, como la última posibilidad de decir lo que no puede decirse.

Notas

1. GARCÍA GÓMEZ, E. (1942): "Primavera de flores árabes", *Vértice*, año V, núm. 61, nov-dic. 1942, págs. 91-100.
2. GARCÍA GÓMEZ, E.: Traducción publicada en *Qasidas*, 83 y ss., en "Un eclipse de la poesía en Sevilla", *Al-Andalus*, X, (1945), págs. 285-343.
3. *Ibidem*.
4. Dozy, R: *Histoire des Musulmans d' Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalusie par les Almoravides (711-1110)*, edición revisada por E. Levi-Provençal, 3 vol, Leiden, 1932.
5. *Ibidem*, págs. 135, 154 ss.
6. José Hierro (1986): "Teoría", *Libro de las alucinaciones*, Madrid, Cátedra.
7. Postigo, C. (1997): "Andalucía, tierra rica en poesía", *Diario 16*, 24-01-97
8. Tuvilla Rayo, J. y F. (1985): *La poesía andaluza como recurso globalizador en la E. G.B.*, Almería, edit. Cajal.
9. Véanse: Albert, Mari-Paule (1982): "Leer en poesía", *El poder de leer*, G.F.E.N., Madrid, ed. Gedisa; Aymerich, C. (1974): *Expresión y arte en la escuela*, Barcelona, Teide; Carrillo Mateo, E. y otros (1987): *Dinamizar textos*, Bibl. de Recursos Didácticos, Madrid, Alhambra; Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía, *Poetas en el aula*, Proyecto "Juan de Mairena", años 1992-96; Franco, A. (1988): *Escribir: un juego literario*, Madrid, Alhambra; Goicoechea, M.J. (1986): "El niño de preescolar y la poesía", *Rev. Apuntes de Educación*, núm. 21, abril-junio; Lacan, M.H. (1966): *Didáctica de la lengua creadora*, Madrid, Cincel-Kapelusz; Medina, A. (1986): "Dificultades en la enseñanza de la poesía", *Apuntes de Educación cit.*; Muñoz, M. (1983): *La poesía y el cuento en la escuela*, Consejería de Educación de la Comunidad Autónoma de Madrid; Trigo Cutiño, J.M. (1988): "Notas sobre didáctica de la poesía y la recitación", *Rev. Cauce*, núm. 11, Sevilla; Zaragoza Sesmero, V. (1987): *La gramática (h)echa poesía*, Experiencias pedagógicas 8, Madrid, ed. Popular.